

La Buena Noticia hoy

ANTONIO M.^a ALCEDO TERNERO*

1. INTRODUCCIÓN

No es la primera vez, ni va a ser la última, en que los temas relacionados con el anuncio de la Buena Noticia serán abordados y estudiados desde el campo de la Catequesis. La decisión del Consejo Directivo de AECA de proponer esta reflexión en las presentes Jornadas nos ofrece a todos una nueva oportunidad de profundizar, desde nuestro ángulo de visión de catequetas y desde nuestra experiencia pastoral, sobre uno de los quicios de la acción de la Iglesia en los actuales momentos, es decir, sobre la acción evangelizadora y sobre su elemento nuclear que es el anuncio de la Buena Noticia de Jesucristo al hombre de nuestro tiempo.

La relación de la catequesis con el primer anuncio, y, más aún, la necesidad de que la catequesis incluya el primer anuncio, fue ya mencionada por Juan Pablo II en CT 19. Este planteamiento ha sido recogido después por el nuevo Directorio General para la Catequesis, referido, sobre todo, a la que se llama «situación de nueva evangelización» (véase DGC 62)¹.

Para esta exposición que se me ha pedido, pienso que, metodológicamente, habría que distinguir entre el primer anuncio que se hace *en la catequesis* (en un contexto de catequesis), y el primer anuncio que se considera en sí mismo como un elemento del proceso evangelizador, y que es previo a la catequesis. Pienso que el proceso-tipo es este segundo, por lo que nos puede ser más útil tenerlo como referencia a lo largo de este trabajo. En su

* Delegado de Catequesis de la Diócesis de Cádiz-Ceuta. Miembro de AECA.

¹ Para un estudio de este número del DGC, véase: Alcedo Ternero, Antonio, «La Catequesis kerigmática en el nuevo Directorio General de Catequesis», en *Teología y Catequesis* 67 (julio-septiembre 1998) pp. 25-46.

momento trataremos de aplicar la reflexión que vamos a hacer a la situación de la catequesis «kerigmática».

Situándonos, por tanto, en nuestro contexto catequético, debemos considerar el primer anuncio como una acción que es previa a la intervención de la catequesis, y contar con que el alumno de catequesis ha acogido ya dicho primer anuncio y se ha adherido a él inicialmente por medio de la conversión. Llega, por ello, el momento de que la catequesis comience su tarea normalmente.

Ahora bien, la experiencia nos hace constatar que, con mucha frecuencia se dan graves deficiencias en estas etapas previas a la catequesis, que condicionan negativamente el desarrollo y la eficacia de la misma. Y nos hacemos todas las mismas preguntas: ¿se ha hecho bien el primer anuncio? ¿su acogida por parte de los oyentes los ha llevado a una verdadera actitud de conversión?

Queremos aproximarnos a una respuesta desde la Catequética a esta pregunta. Es necesario que ahondemos en el *qué* y en el *cómo* de dicho anuncio. Quizá sea una tarea que nos sobrepase, porque aquí tiene mucho que decir la Teología y la Pastoral, pero es necesario que entremos en ella, para intentar sacar algo de luz para nuestro propósito.

Lo haremos situando, en primer lugar, esta Buena Noticia en el interior del proceso evangelizador y considerando todas sus etapas, según nos indican los documentos de la Iglesia.

En segundo lugar, analizaremos con más detenimiento el contenido de esa Buena Noticia: a quién anunciamos y qué anunciamos.

Posteriormente, haremos algunas consideraciones, desde la Catequética, sobre cómo anunciar, teniendo en cuenta tanto el contenido que se anuncia, como el destinatario, el lenguaje y el mismo modo de hacer el anuncio.

Finalmente, propondremos algunas afirmaciones de síntesis y señalaremos varias tareas que quedan abiertas a una reflexión ulterior.

2. SITUAMOS EL ANUNCIO DE LA BUENA NOTICIA DENTRO DEL PROCESO EVANGELIZADOR

La consideración de la evangelización como un «proceso complejo y con elementos variados» es una de las aportaciones más importantes del Sínodo sobre la evangelización del año 1974, y de la Carta Apostólica posterior de Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* (1975).

«La evangelización es un proceso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado. Estos elementos pueden parecer contrastantes, incluso exclusivos. En realidad, son complementarios y mutuamente enriquecedores» (EN 24).

Dentro de este proceso, como se ha visto, el anuncio explícito de la Buena Noticia es situado en tercer lugar, precedido por el testimonio y la «renovación de la humanidad». Todo este tema lo encontramos hoy tratado abundantemente en los manuales de Pastoral y de Catequética. Por eso nos detenemos solo brevemente en estos dos pasos previos al anuncio del kerigma cristiano.

2.1. La «preparación evangélica»

Es el primero de estos pasos. Quizá por ser el más «lejano» al anuncio explícito, pueda ser menos considerado y valorado entre nosotros, más acostumbrados a las situaciones de «cristiandad». Hoy, sin embargo, debe ser muy tenido en cuenta, ya que, en nuestra opinión, condiciona, lo mismo para bien que para mal, la significatividad del anuncio de la Buena Noticia. El Decreto *«Ad gentes»* habla, en los números 10-12, de la inserción en las

culturas y de la encarnación de los cristianos en los grupos humanos en los que no está presente el evangelio; en esas realidades, los cristianos deberán descubrir las «*semillas del Verbo*» latentes en ellas; deberán igualmente ofrecer a todos y de forma gratuita el amor, uniéndose a todos los hombres y, en especial, a los pobres; colaborarán en la recta gestión de los asuntos económicos, sociales y culturales. «Unidos íntimamente en su vida y en su trabajo con todos los hombres, los discípulos de Cristo esperan poder ofrecerles el testimonio verdadero de Cristo y trabajar por su salvación, incluso allí donde no pueden anunciar plenamente a Cristo.»

Estas afirmaciones, que el Concilio hace con relación a la actividad misionera propiamente dicha (misión *ad gentes*), pueden aplicarse, sin forzar las cosas, a nuestra propia realidad sociocultural en estos comienzos del siglo XXI. Por ello debemos preguntarnos: ¿Qué es de la presencia y de la acción confesante de nuestros cristianos en la vida pública? ¿Qué «peso» tiene la presencia testimonial de los cristianos y de la Iglesia en los medios de comunicación social, que son –no lo olvidemos– creadores de opinión? La acción de los cristianos –bien individual o bien corporativa– ¿llega a provocar, al menos en algunos, la impresión de que los creyentes se mueven en otro mundo de valores y de que su proyecto encierra una verdadera alternativa al actual sistema y modo de vida?

Es bueno que nos hagamos estas preguntas y otras similares, porque estos hechos están condicionando el que el anuncio de la Buena Noticia y la propuesta de Jesucristo y del Reino de Dios puedan sonar como una verdadera interpelación o llamada para algunos, o, por el contrario, resuenen como algo sin relevancia o sin sentido, en el peor de los casos como algo «ya sabido», a los oídos de muchos.

Pablo VI, en EN 24, llama a estos pasos previos al primer anuncio «renovación de la humanidad» y los incluye, por supuesto, en el proceso de la evangelización. Se trata de esos «signos» a los que alude el evangelio y que Jesús promete que acompañarán a los discípulos cuando sean enviados a

evangelizar (Mc, 16,18). No sé si en la conciencia de la Iglesia actual se tiene claro que estas acciones de preparación al evangelio son muy necesarias y que su ausencia, en muchos casos, está condicionando la acogida del testimonio y de la palabra de los cristianos que anuncian la Buena Noticia.

2.2. El testimonio

Es el segundo elemento que indica Pablo VI en el texto antes citado, dentro del proceso evangelizador, y que él mismo desarrolla en los números 21 y 41. Reproducimos parte del número 21, porque expresa con gran precisión lo que queremos indicar:

«La Buena Noticia debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio. Supongamos un cristiano, o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, ese testimonio constituye, ya de por sí, una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Noticia. Hay en ello un gesto inicial de evangelización. Son posiblemente las primeras preguntas que se plantearán muchos no cristianos, bien se trate de personas a las que Cristo no había sido nunca anunciado, de bautizados no practicantes, de gentes que viven en cristiano pero según principios no cristianos, bien se trate de gentes que buscan, no sin sufrimiento, algo o a Alguien que ellos adivinan pero sin poder darle un nombre. Surgirán otros interrogantes, más profundos y más comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia,

participación, solidaridad y que es un elemento esencial, en general el primero absolutamente en la evangelización.»

Más adelante, en el número 41, afirma el Papa: «Para la Iglesia, el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada al prójimo en un celo sin límites». «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio.»

No hacemos una reflexión más amplia sobre esta etapa del proceso de la evangelización porque hay sobre ella muy buenos estudios y documentos y nos alejaríamos de nuestro tema².

Sí puede afirmarse que el testimonio de los creyentes es ya capaz de ofrecer claves para una comprensión y, sobre todo, para una posterior aceptación de la Buena Noticia por parte de quienes reciben dicho testimonio. Este viene así a convertirse, no solo en un «dar razón» de la propia fe, en referencia a Jesucristo, Señor y Salvador, sino en la encarnación de dicha fe en alguien real y concreto, visible y cercano. La Buena Noticia no será, en este caso, una simple información, sino una comunicación y una propuesta, es decir, un compartir algo que pasa por la propia experiencia, y una invitación e interpelación desde el convencimiento profundo de que lo que se propone es válido y es capaz de traer felicidad y salvación a quien lo acoja. Podemos recordar, a este respecto, el ejemplo de Pedro, según se nos cuenta en el libro de los Hechos: «A este Jesús Dios lo resucitó, de lo cual nosotros somos testigos» (2, 32); o este otro texto: «Matasteis al jefe que lleva a la vida; pero Dios lo resucitó de entre los muertos; nosotros somos testigos de ello» (3, 15). «Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados» (v. 19).

² Puede consultarse: Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 42-43; Congreso *Evangelización y hombre de hoy*, Madrid, Edice 1986, pp. 144-146 y conclusión 6.^a, p. 541; Conferencia Episcopal Española, *Testigos del Dios vivo* (1985), pp. 53-65.

3. ANALIZAMOS EL CONTENIDO DE LA BUENA NOTICIA: A QUIÉN ANUNCIAMOS Y QUÉ ANUNCIAMOS

Con lo dicho anteriormente, he intentado apuntar hacia algunas claves que hoy deben ser tenidas en cuenta para el anuncio de la Buena Noticia. Al abordar ahora la pregunta sobre el contenido de esta Buena Noticia, no pretendo ofrecer una respuesta simple, como si el problema fuera que no se sabe dar con las palabras que expresen correctamente lo que se pretende comunicar. Es verdad que si usamos términos teológico-dogmáticos ajenos al lenguaje de nuestra época no vamos a ser comprendidos, pero insisto en que no es solo problema de que el hombre de hoy comprenda el lenguaje, sino de que se sienta interpelado por él. Esta interpelación no puede provenir solo de que el lenguaje sea claro y directo, sino de que vaya cargado con toda la densidad que le confiere la vivencia de quien lo anuncia y de la comunidad cristiana que hay siempre detrás de un verdadero testigo.

3.1. El kerigma en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento se encuentran diferentes formulaciones del kerigma tal como lo recogieron los textos de la primera Iglesia. En dichos textos pueden constatarse los elementos que integraban el anuncio cristiano y de qué forma se hacía su proclamación³.

3.2. En algunos documentos de la Iglesia universal

Voy a presentar ahora algunos textos que considero formulaciones modernas del núcleo de la fe cristiana, con el objeto de que nos sirvan de referencia de lo que puede ser hoy una propuesta del anuncio cristiano.

³ Cf. Gevaert, Joseph, *Primera evangelización*, Madrid CCS 1992, pp. 138-145; Secretariados de Catequesis del Sur, *El primer anuncio en la catequesis*, Huelva 1998, pp. 63-83.

Comienzo por citar el Concilio Vaticano II, en *Gaudium et Spes*, 10:

«La Iglesia cree que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre luz y fuerzas por su Espíritu para que pueda responder a su máxima vocación; y que no ha sido dado a los hombres bajo el cielo ningún otro nombre en el que haya que salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que, en todos los cambios, subsisten muchas cosas que no cambian y que tienen su fundamento en Cristo, que es el mismo ayer, hoy y por los siglos».

En *Evangelii nuntiandi* se encuentran varias formulaciones, de las que aportamos las más significativas:

«Como núcleo y centro de su Buena Noticia, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del Maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por Él, de verlo, de entregarse a Él. Todo esto tiene su arranque durante la vida de Cristo y se logra de manera definitiva por su muerte y resurrección; pero debe ser continuado pacientemente a través de la historia hasta ser plenamente realizado el día de la Venida final del mismo Cristo». (EN 9).

«No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios». (EN 22).

«La evangelización debe contener siempre –como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres como don de la gracia y de la misericordia de Dios» (EN 27).

El *Directorio General de Catequesis*, en el número 102, hace una exposición muy completa del anuncio apuntado en EN 9, y que, por brevedad, no reproducimos.

Citamos ahora al *Catecismo de la Iglesia Católica*, que comienza con las siguientes palabras:

«Dios, infinitamente perfecto y bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para hacerle partícipe de su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, se hace cercano al hombre: le llama y le ayuda a buscarle, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Para lograrlo, llegada la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo como Redentor y Salvador. En Él y por Él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción y, por tanto, los herederos de su vida bienaventurada» (CEC 1).

3.3. En los Catecismos de la Conferencia Episcopal Española

De la misma forma, los Catecismos propuestos por los episcopados de diversos países en la etapa posconciliar, coinciden en proponer el anuncio cristiano con palabras que intentan transmitir a los respectivos destinatarios, personas de nuestra cultura, el núcleo central de la fe. Aportamos un par de ejemplos de los Catecismos de nuestra Conferencia Episcopal:

El Catecismo para Preadolescentes *Con vosotros está* (1976):

«¡Cristo entre vosotros! ¡Él es el Señor!... ¡Este es nuestro Dios! ¡Os anunciamos una Palabra que se cumple, el acontecimiento de nuestra salvación! Para que todo el mundo, con el anuncio de esta salvación, oyendo, crea; y creyendo, espere; y esperando, ame. Os anunciamos que Cristo está con

nosotros y nos descubre: ¡El misterio de Dios! ¡El misterio del hombre! ¡El misterio del mundo! ¡Cristo es el Señor de la historia y de tu propia vida!» (CVE/1, p. 16).

El Catecismo *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia* se inicia con estas palabras:

«Dios ama a los hombres como un Padre, sacia de bienes sus anhelos y los colma de gracia y de ternura. El amor gratuito de Dios a los hombres se ha manifestado en una historia que la Iglesia nunca ha dejado de narrar y que los cristianos acogemos con fe y gratitud. Esta historia nos recuerda que Dios ha creado el mundo y ha dado al hombre la vida. Él escogió a Israel para confiarle su designio de reunir en una familia a los pueblos de la tierra dispersos por el pecado. Esta historia nos recuerda que Dios cumplió su designio al enviarnos a su Hijo, nacido de la Virgen María, una mujer del pueblo de Israel. Esta historia nos recuerda que Jesús resucitado nos envió al Espíritu Santo: gracias a la acción de este Espíritu los hombres podemos hoy, en la Iglesia, invocar a Dios como Padre y vivir unidos como hermanos hasta que el Señor vuelva». (EENF p. 8).

Podríamos continuar aportando ejemplos, pero creemos que nos vale con estos.

3.4. Elementos comunes que se encuentran

En todas las anteriores formulaciones, que, como hemos visto, obedecen a diferentes proyectos y se expresan con distintos lenguajes, es posible, sin embargo, destacar algunos elementos comunes que creemos deben estar siempre presentes en el anuncio de la Buena Noticia que hagamos al hombre de hoy.

- La Iglesia es la depositaria de esta Buena Noticia que ha recibido de Jesucristo y que constituye el núcleo de su fe. Tanto los obispos, en

cuanto Maestros de la fe –en el caso de los documentos y de los Catecismos– como cualquier cristiano, agente de la evangelización, tienen como punto de partida la fe de la Iglesia que han hecho propia y que ahora proponen a otros desde la propia experiencia y vivencia (cf. RM 44-45).

- El centro y el objeto del anuncio es la persona de Jesucristo, Hijo de Dios y Señor. Creemos y anunciamos que Jesucristo no es un personaje del pasado, sino que está vivo –resucitado– y continúa actuando en cada persona y en toda la historia humana.

- La persona de Jesucristo y la fe en su triunfo sobre la muerte es capaz de dar sentido y significado a la vida del hombre de todos los tiempos. Su existencia a favor de los otros (pro-existencia) abre al hombre la posibilidad de superar su enclaustramiento egoísta; su resurrección (en cuanto «Primogénito de entre los muertos» [Col. 1, 18]) confiere a la vida y a la muerte un sentido nuevo y abre nuevas posibilidades a la existencia humana y a la aceptación serena de sus limitaciones.

- La salvación que Jesucristo trae al hombre y que los creyentes anuncian al evangelizar, puede traducirse hoy en diferentes términos que quizá resulten más significativos en nuestro contexto cultural y en nuestro momento histórico:
 - Como *liberación*, en cuanto que el hombre salvado es capacitado por la gracia para «vivir en libertad» (Gal. 5, 1), venciendo las esclavitudes que nacen de la propia condición humana.

 - Como *perdón*, por el que queda radicalmente destruida la culpa que nace de la conciencia de las malas acciones realizadas, y se experimenta de nuevo la reconciliación con los demás y con Dios, Padre de la misericordia.

- Como *capacidad de confiar* –más allá de las innumerables experiencias del mal que la vida ofrece sin cesar– en la fuerza del bien, en la bondad de las personas, en la realidad de un bien definitivo que es, además, alcanzable porque Dios lo ofrece a todos los hombres.
- Como *esperanza de plena realización* del hombre, en cuanto Jesucristo confiere un sentido trascendente a la vida, a las acciones, a los proyectos de la persona, inscribiéndolos en un proyecto mayor y de realización cierta: el proyecto del Reino de Dios. Hará posible, por tanto, superar también el sentimiento del absurdo (tan frecuente hoy) y la visión de la vida como algo sin sentido, como tragedia, como vacío.

Pueden caber aquí nuevas expresiones o formulaciones del concepto de salvación o de otros términos semejantes, con tal que nos permitan traducir a nuestros contemporáneos el tesoro de la Buena Noticia objeto de la fe que profesamos.

En estas varias formulaciones, se mantiene inalterable el núcleo de la verdad proclamada: la persona de Jesucristo y su poder salvador ofrecido al hombre que le acepta por la fe, ya que *ésta* es la Buena Noticia. Por el contrario, se irá adaptando a las personas, a las situaciones y a los contextos la *forma de proponerla*, teniendo en cuenta que ésta es, en cada caso, el canal comunicativo a través del cual es posible transmitir el mensaje.

4. REFLEXIONAMOS AHORA, DESDE LA CATEQUÉTICA, SOBRE CÓMO ANUNCIAR EL KERIGMA CRISTIANO

Nos interesa acercarnos a los posibles *modos de hacer*, para que este anuncio de Jesucristo llegue a ser verdaderamente significativo e interpelante para el hombre de hoy.

4.1. El mensaje debe provocar una «resonancia»

La significatividad, el sentido de un mensaje, tiene lugar cuando aquello que se comunica es capaz de provocar un eco, una reacción, una resonancia en la persona que lo recibe. Tal resonancia se da cuando el mensaje es respuesta a una pregunta abierta de la persona, o es una luz que viene a alumbrar una zona oscura del conocimiento, o es percepción de plenitud donde antes solo había conciencia de limitación o de vacío.

Creemos que el mensaje cristiano tiene fuerza para provocar esta significatividad y la experiencia de numerosas conversiones lo atestiguan. Lo que pretendemos ahora es orientar, al menos un poco, la tarea de los evangelizadores y de aquellos catequistas que acompañan a las personas en búsqueda en su etapa precatecumenal.

4.2. Necesidad de conectar con las búsquedas del hombre

Nos hacemos para ello una primera pregunta: ¿Busca el hombre de hoy? Desde una consideración superficial, estamos tentados de responder negativamente. Vemos a muchos hombres y mujeres que pretenden estar «a la última», y, sobre todo, percibimos nuestra cultura-ambiente (la que se expresa mayormente en los medios de comunicación social) como negados a la búsqueda, convencidos de ser dueños de su situación y de sus sentimientos, no necesitados de nada más. Cuando les observamos, encontramos a personas seguras de sí mismas, preocupadas por la imagen, que actúan según los patrones de lo «políticamente correcto» y que, por tanto, al menos en apariencia, procuran aparecer como despreocupadas o negadas a cualquier relación o referencia a lo trascendente. Este comportamiento creo que se da no solo en las generaciones de edad intermedia, sino también, aunque quizá con otras expresiones, en las generaciones jóvenes y muy jóvenes.

Pero ¿es verdad esta percepción, si ahondamos un poco en el análisis del hombre moderno? Creo, sinceramente que no.

Partimos de la consideración del hombre como «capaz de Dios», según nos lo recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, I parte, capítulo 1.º. Tenemos también en la mente la luminosa afirmación de San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

Dice el Catecismo: «El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y solo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar» (CEC 27).

Nuestra visión creyente del hombre nos dice, por tanto, que éste es un *ser en búsqueda*. Si las apariencias nos muestran lo contrario, deberemos ir más a lo hondo de ese hombre para detectar que, efectivamente, busca y para descubrir qué es lo que busca; deberemos romper la máscara que aísla su ser profundo del exterior, para que pueda aparecer el hombre real que hay debajo. No parece tarea fácil, ya que pueden activarse muchos mecanismos de defensa, aunque no es imposible.

¿Cómo saber qué busca el hombre de nuestro tiempo? Para responder a esta pregunta, debemos activar toda la capacidad de *escucha* que tengamos. Si el evangelizador –o el acompañante en el precatecumenado– no se pone a la escucha del hombre de hoy, difícilmente podrá percibir los sentimientos profundos que se mueven en él y que son los únicos que pueden ponerle en actitud de aceptación del anuncio cristiano. La persona se expresa con muchos lenguajes, no solo con la palabra. Con frecuencia, los lenguajes no verbales son los que más revelan el interior. Pero es necesario estar atentos para percibirlos.

Hay otra verdad de fe que el evangelizador nunca debe olvidar: es la acción permanente de Dios en el interior de cada persona. «Mi Padre actúa siempre y yo también actúo» (Jn 5, 17) dijo Jesús. Cuando el evangelizador entra en contacto o en diálogo con alguien, debe estar convencido de que ya Dios ha

ido actuando en esa persona anteriormente. Sobre la realidad de bondad y de verdad que ya está presente, deberá incidir en su momento el anuncio de Jesucristo salvador.

Tras la escucha, y contando siempre con la acción de Dios en el hombre, es necesario poner también en juego nuestra capacidad de *comunicación* y abordar un *diálogo en profundidad* con él. Dialogar en profundidad significa ir atravesando los niveles más superficiales de la persona para llegar al hombre interior, donde se expresa lo más auténtico de él, donde ya no caben máscaras ni autoengaños. Ese es el nivel donde el ser humano se descubre a sí mismo limitado, necesitado de los otros, donde es capaz de reconocer la igualdad radical con los demás, donde, en último término, puede quedar abierto a lo trascendente (abierto, por tanto, a la pregunta de Dios) y puede comenzar a entender que se le ofrezca una salvación que viene de fuera de él y de alguien más grande que él y que lo ama.

4.3. Dos pistas metodológicas

Para llegar a este diálogo hondo y vital, en la metodología de la evangelización y del acompañamiento catequético, es de importancia primordial la capacitación del agente de esta tarea y el conocimiento de los modos de hacer. Apuntando a dos pistas metodológicas hoy plenamente admitidas, nos referimos aquí a la correlación y a la revisión de vida.

4.3.1. La correlación

Sobre este método se ha estudiado y se ha escrito mucho en esta última época⁴. Se trata, como sabemos, de una metodología propuesta por Paul

⁴ Puede consultarse: Werbick, Jürgen, «Principio de la correlación», en Gevaert, Joseph (dir.), *Diccionario de Catequética*, Madrid, CCS, 1987, pp. 226-229; Fossion, André y Ridez, Louis, *Adultes dans la foi*, Paris-Bruxelles, Desclée-Lumen Vitae, 1987;

Tillich y que consiste en aplicar a la búsqueda existencial del hombre la interacción pregunta-respuesta. Tillich lo expresa así: «Nosotros no podemos comprender ninguna respuesta que no sea respuesta a una pregunta que nos hayamos hecho previamente. Reconocer esto comporta consecuencias importantes para la educación religiosa».

En la tarea de abrir al hombre a la acogida de la Buena Noticia, se trataría de ayudarle a formular sus propias preguntas existenciales, abriéndolo así a la posible acogida de la Buena Noticia como respuesta válida y significativa que le llega a través de la persona del evangelizador (acompañada por la vivencia y el testimonio de este) y que es capaz de colmar la búsqueda emprendida. Esta correlación, que se aplica al proceso catequético (véase DGC 153), puede ser empleada igualmente en la etapa evangelizadora, al adecuarse plenamente a la forma como el hombre de nuestro tiempo se sitúa ante la búsqueda del sentido y de la verdad.

4.3.2. *La revisión de vida*

Es otro camino por el que también es posible ayudar al hombre de hoy a acercarse al encuentro con la fe. Puede describirse como «método de lectura de la realidad que pretende descubrir la presencia y la acción de Dios en la misma para transformarla con miras a la realización del Reino de Dios»⁵.

Esta forma de leer la realidad a partir de lo concreto puede favorecer no solo la profundización en el análisis de la misma realidad, sino la posibilidad de descubrir la presencia del Evangelio —es decir, de la acción de Dios—

Martín Velasco, Juan, «Experiencia religiosa», en *Nuevo Diccionario de Catequética 1*, Madrid, San Pablo, 1999 pp. 882-899; Trenti, Zelindo y Sastre García, Jesús «Experiencias humanas fundamentales», en *Nuevo Diccionario de Catequética 1*, pp. 899-912; Gevaert, Joseph, *La dimensión experiencial de la catequesis*, Madrid, CCS 1985, pp. 65-100.

⁵ Cf. Secretariados de Catequesis del Sur, *El primer anuncio en la catequesis*, Huelva 1998, pp. 129-138.

en ella. En este método de la revisión de vida también está presente la pregunta del hombre que no solo busca en dicho análisis el sentido de la vida y de la historia sino que va también descubriendo la realización de un proyecto que le trasciende: el del Reino de Dios. Las respuestas que, en esta búsqueda, van viniendo de la Palabra de Dios iluminan la realidad y, a la vez, permiten al hombre descubrir la presencia actuante de Dios en la historia, siempre para su bien y para su plena realización. El acompañamiento de una persona creyente en este proceso es esencial.

Según se ha visto más arriba, en la revisión de vida se busca la realización del Reino de Dios; es, por tanto, un método muy orientado a la acción transformadora de la realidad. Es posible que sea un camino de búsqueda más válido para aquellas personas que se desenvuelven en el mundo de la acción social o de lo que los cristianos llamamos el «compromiso temporal». La experiencia de los Movimientos especializados de Acción Católica en este sentido creo que apoya este enfoque. El método de la correlación, por su parte, se movería más en el ámbito de la búsqueda de la verdad y del sentido, un ámbito más especulativo, quizás, pero que puede ser plenamente válido para aquellas personas que se sitúan preferentemente en el mundo de las ideas.

Al servicio de esta propuesta de la fe, y de la tarea de los catequistas que muchas veces deben llevar a cabo tareas de evangelización, serían deseables unos materiales catequéticos que combinaran equilibradamente la fidelidad a la verdad (dimensión doctrinal) con la fidelidad al hombre al que hay que evangelizar (sus expectativas, sus búsquedas, su lenguaje...).

5. ALGUNAS CONCLUSIONES Y APLICACIONES DE LA REFLEXIÓN ANTERIOR

Con estas ideas que acabo de exponer, no pretendo haber respondido plenamente a los problemas que hoy plantea el anuncio de la Buena Noticia. Quizá he ofrecido algunas claves que ayuden a abordar estos problemas y a

seguir nuestra búsqueda como servidores de la evangelización, más en concreto, desde nuestro campo de trabajo y de investigación que es la Catequética. Intento ahora formular solo algunas conclusiones, dejando abiertas varias cuestiones que nos pueden servir para el diálogo posterior.

1. La proclamación de la Buena Noticia nos atañe a todos en cuanto miembros de la Iglesia que vivimos en estos comienzos del siglo XXI, en una etapa y en un contexto que ha sido definido como de «nueva evangelización». Necesitamos abandonar esquemas y presupuestos que se dan aún entre nosotros, pero que pertenecen a la situación de cristiandad que hay que dar por definitivamente superada. Las carencias que con tanta frecuencia detectamos en la acción catequética deben respaldar aún más nuestra petición de que se atienda de forma prioritaria y urgente la tarea del primer anuncio del evangelio y de que se preparen agentes bien capacitados para ello.
2. Consideramos esta acción como parte integrante del proceso evangelizador, pero previa a la catequesis, ya que ésta debe iniciarse una vez que se haya dado la conversión, que es la respuesta del hombre al anuncio de Jesucristo (DGC 56). Parece, por ello, que, en nuestra situación de fe, es muy importante dar al precatecumenado el tiempo y la consideración que merece, con objeto de afianzar la actitud de conversión y dar paso con mayores garantías al proceso catequético propiamente dicho.
3. Es necesario incorporar a la tarea catequética, sobre todo, en el caso de la catequesis kerigmática, una actitud de atento discernimiento. Conocer la situación *real* del sujeto de la acción evangelizadora es muy importante si se quiere acertar tanto en el anuncio como en la forma de acompañamiento posterior. Por ello es bueno no dar por supuesta la fe inicial o la conversión, sino discernir en cada caso, para que pueda garantizarse, en lo posible, la eficacia de la acción.

4. Es verdad que, como apunta el DGC 62, en muchas ocasiones será necesario, en nuestra situación de «nueva evangelización», que el primer anuncio esté presente en el interior del proceso catequético para hacer posible una conversión que aún no se ha dado. En este caso, el primer anuncio debe tener su lugar e importancia propios en el proceso catequético, sin que llegue nunca a confundirse o diluirse en la catequesis. De la misma forma, hay que añadir que será también necesario que la catequesis contemple el tiempo del precatecumenado que afiance la conversión y que tenga la duración que sea necesaria. Esto conducirá, en muchos casos, a que los primeros pasos en una catequesis de adultos tengan que ser modificados o adaptados para responder a las situaciones reales y a las necesidades del camino de fe de los alumnos de catequesis.

5. El anuncio de la Buena Noticia, para ser significativo e interpelante en nuestro contexto, debe ir acompañado por la presencia de los signos y del testimonio de los cristianos, tanto personal como comunitario. Estos signos que abren el camino al evangelio y a la fe son siempre signos de liberación y de promoción humana, signos de transformación de las estructuras y de superación de las condiciones de pecado en que se desenvuelve muchas veces la vida de las personas, signos, en definitiva, de la construcción del Reino de Dios. Tanto los cristianos, individualmente, como las comunidades eclesiales deben ser quienes realicen estos signos.

6. El planteamiento que, tanto la Iglesia en su conjunto como nosotros, los catequetas, debemos hacer, en relación con la Buena Noticia hoy, debe tener en cuenta el contenido de la misma, la forma de expresión y el lenguaje en que se anuncia, y el conjunto del proceso evangelizador dentro del cual se hace presente el anuncio explícito de Jesucristo. A los evangelizadores y catequistas corresponderá, en cada situación y para cada contexto, encontrar y definir los elementos del kerigma cristiano que resulten más significativos, así como el lenguaje que pueda responder mejor a las búsquedas y expectativas de las personas o grupos concretos que son evangelizados.

7. Por estas razones, la escucha del hombre de hoy y la lectura de los signos de los tiempos deben ser preocupación y ocupación permanente de los evangelizadores y también de los catequistas que acompañan a grupos en precatecumenado. Para esta tarea es necesaria una preparación específica. Lo mismo en el caso de que se aplique la correlación pregunta-respuesta, que en caso de que se siga la metodología de revisión de vida, la ayuda del agente de pastoral puede ser determinante para que las personas puedan descubrir sus verdaderas carencias o el objeto de su búsqueda, y, desde esa toma de conciencia, abrirse a la propuesta de salvación que les pueda venir desde fuera, y aceptar la verdad de Jesucristo y el testimonio de sus seguidores.

6. TAREAS QUE QUEDAN ABIERTAS A LA CATEQUÉTICA

Aunque en las Jornadas de AECA de este año hayamos unido una tarea Catequética –el precatecumenado– con otra que, propiamente, no lo es –el primer anuncio–, es indudable que, para el futuro más próximo, nos va a ser necesario continuar esta reflexión y, sobre todo, continuar implicándonos en la acción del primer anuncio, porque nos seguirán llegando personas necesitadas de él. Desde nuestra experiencia de la acción Catequética que, hoy por hoy, es una realidad más consolidada en la Iglesia, será necesario que trabajemos por despertar en los pastores y demás responsables de la acción pastoral la conciencia de que es urgente una acción evangelizadora propiamente dicha, con las exigencias de cambio de mentalidad, de estructuras pastorales y de modos de hacer que ello conlleva.

En segundo lugar, y partiendo de la experiencia que hicimos recientemente en Andalucía, de ahondar en el tema del primer anuncio en nuestra tierra y para nuestra gente, pienso que podría ser bueno que, en otros contextos culturales de nuestro país, se hicieran reflexiones análogas, con objeto de acercar lo más posible el anuncio del kerigma cristiano a las búsquedas y expectativas de nuestra gente.

Una tercera tarea creo que es ir acercando todo el contenido de lo que vamos reflexionando y descubriendo al conjunto de los catequistas más sencillos y de base, para que aquello que algunos podemos investigar y profundizar vaya convirtiéndose en estilo y en modo de hacer permanente de todos los que participan en la acción catequética. En este sentido, tendrán mucho que decir y que aportar los Secretariados de Catequesis y las escuelas y otros centros de formación de catequistas.

En cuarto lugar, estimo que, para el futuro, será necesario potenciar y privilegiar lugares de evangelización y catequesis a los que hoy quizá no se atiende de forma suficiente: así, la familia y los medios de comunicación. Además, desde la pastoral ordinaria, será necesario cuidar mucho más las ocasiones de evangelización que brindan muchos actos de religiosidad tradicional: participación de los padres en los sacramentos de iniciación (Bautismo, Confirmación, Eucaristía), funerales, devociones populares, fiestas patronales, etc.

Finalmente, me pregunto –y os pregunto– si AECA no podría organizar y patrocinar algunos encuentros de verano, de carácter monográfico, para dar pie a que se continúen estudiando y profundizando temas –como el de nuestras Jornadas de este año– que pueden ser de interés para otras personas: otros catequetas, pastores y agentes de pastoral, formadores de laicos cristianos. Creo que nuestro país está falto de foros de investigación sobre la transmisión de la fe hoy, lo cual sería un campo muy propio del carácter de nuestra Asociación.

Espero y pido a Dios que nuestras Jornadas puedan aportar alguna luz a esta tarea difícil y apasionante de comunicar la Buena Noticia de Jesucristo a nuestra gente, y acompañarla hacia una fe madura y confesante.

7. POSIBLES CUESTIONES PARA EL DIÁLOGO

1. Desde nuestra condición de catequetas ¿cuáles son los problemas que nos preocupan en relación con la proclamación de la Buena Noticia?
2. ¿Qué aportación puede hacer la catequesis a una pastoral de la primera evangelización?
3. ¿Qué «nucleos» del kerigma cristiano nos parecen más cercanos a la sensibilidad del hombre de hoy?
4. Los problemas que plantea la evangelización del hombre de hoy ¿son problemas de lenguaje o de formulación, o se sitúan en otros ámbitos?
5. ¿Cómo formar a nuestros catequistas para que lleven a cabo la catequesis kerigmática, según lo que dice el DGC 62?